

soc 03- 70

12 copias.

6. BANDERAS AL VIENTO: LAS NACIONES Y EL NACIONALISMO

«Scappa, che arriva la patria» (Huye, que viene la patria.)

Una campesina italiana a su hijo¹

Su lenguaje se ha hecho complejo, porque ahora leen. Leen libros o de cualquier forma aprenden a leer en los libros ... La palabra y el idioma del lenguaje literario sirven y la pronunciación que sugiere su ortografía tiende a prevalecer sobre el uso local.

H. G. WELLS, 1901²

El nacionalismo ... ataca la democracia, destruye el anticlericalismo, combate el socialismo y mina el pacifismo, el humanitarismo y el internacionalismo ... Declara abolido el programa del liberalismo.

ALFREDO ROCCO, 1914³

I

Si el surgimiento de los partidos obreros fue una consecuencia importante de la política de democratización, también lo fue la aparición del nacionalismo en la política. No era en sí mismo un fenómeno nuevo (véase *La era de la revolución* y *La era del capital*). Sin embargo, en el período 1880-1914, el nacionalismo protagonizó un extraordinario salto hacia adelante, transformándose su contenido ideológico y político. El mismo léxico revela la importancia de esos años. En efecto, el término *nacionalismo* se utilizó por primera vez en las postrimerías del siglo XIX para definir grupos de ideólogos de derecha, en Francia e Italia, a quienes gustaba agitar la bandera nacional contra los extranjeros, los liberales y los socialistas y que se mostraban partidarios de la expansión agresiva de su propio estado, rasgo que había de ser característico de esos movimientos. Fue también en este período cuando la canción *Deutschland Über Alles* (Alemania sobre todos los de-

más) sustituyó a las composiciones rivales para convertirse en el himno nacional alemán. El término *nacionalismo*, aunque originalmente designaba tan sólo una versión reaccionaria del fenómeno, demostró ser más adecuado que la torpe expresión *principio de nacionalidad*, que había formado parte del vocabulario de la política europea desde 1830, y, por tanto, se aplicó a todos los movimientos para los cuales la «causa nacional» era primordial en la política: es decir, para todos aquellos que exigían el derecho de autodeterminación, en último extremo, el derecho de formar un estado independiente. Tanto el número de esos movimientos —o cuando menos el de los líderes que afirmaban hablar en su nombre— como su significado político se incrementaron enormemente en el período que estudiamos.

La base del «nacionalismo» de todo tipo era la misma: la voluntad de la gente de identificarse emocionalmente con «su» nación y de movilizarse políticamente como checos, alemanes, italianos o cualquier otra cosa, voluntad que podía ser explotada políticamente. La democratización de la política, y en especial las elecciones, ofrecieron amplias oportunidades para movilizarlos. Cuando los estados actuaban así hablaban de «patriotismo» y la esencia del nacionalismo original «de derechas» que apareció en los estados-nación ya existentes, era reclamar el monopolio del patriotismo para la extrema derecha política y, en consecuencia, calificar a todos los demás grupos de traidores. Ese fenómeno era nuevo, ya que durante la mayor parte del siglo XIX el nacionalismo se había identificado con los movimientos liberales y radicales y con la tradición de la Revolución francesa. Pero, por lo demás, el nacionalismo no se identificaba necesariamente con ninguna formación del espectro político. Entre los movimientos nacionales que no tenían todavía su propio estado había unos que se identificaban con la derecha o con la izquierda, mientras que otros eran indiferentes a ambas. Por otra parte, como ya hemos indicado, había movimientos, y no eran de los menos importantes, que movilizaban a hombres y mujeres sobre una base nacional, pero, por así decirlo, de forma accidental porque su primera preocupación era la liberación social. Si es cierto que en este período la identificación nacional era, o llegó a ser, un factor importante en la política de los estados, es totalmente erróneo considerar que la causa nacional era incompatible con cualquier otra. Naturalmente, los políticos nacionalistas y sus adversarios afirmaban que la causa nacional excluía a todas las demás, de la misma forma que cuando uno lleva un sombrero excluye la posibilidad de llevar otro al mismo tiempo. Pero como lo demuestra la experiencia histórica, eso no era así. En el período que estamos estudiando, era perfectamente posible ser, al mismo tiempo, un revolucionario marxista con conciencia de clase y un patriota irlandés, como James Connolly, que sería ejecutado en 1916 por encabezar la Insurrección de Pascua en Dublín.

Ahora bien, dado que, en los países donde se había impuesto la política de masas, los partidos tenían que competir por el mismo conjunto de seguidores y partidarios, éstos se veían obligados a realizar elecciones excluyentes entre sí.

Los nuevos movimientos obreros, que apelaban a sus seguidores potenciales sobre la base de la identificación de clase, no tardaron en comprender ese hecho, dado que se vieron compitiendo, como ocurrió muchas veces en territorios multinacionales, contra otros partidos que pedían al proletariado y a los socialistas potenciales que les apoyaran en tanto que checos, polacos o eslovenos. De ahí su preocupación por la «cuestión nacional» desde el momento en que se convirtieron en movimientos de masas. El hecho de que prácticamente todos los teóricos marxistas importantes, desde Kautsky y Rosa Luxemburg, pasando por los austromarxistas, hasta Lenin y el joven Stalin, participaran en los apasionados debates que se desarrollaron sobre este tema en el período que estudiamos, indica la urgencia y la importancia del problema.⁴

Allí donde la identificación nacional se convirtió en una fuerza política, constituyó, por tanto, una especie de sustrato general de la política. Esto hace extraordinariamente difícil definir sus múltiples expresiones, incluso cuando afirmaban ser específicamente nacionalistas o patrióticas. Como veremos, en el período que estudiamos, la identificación nacional alcanzó una difusión mucho mayor y se intensificó la importancia de la cuestión nacional en la política. Sin embargo más trascendencia tuvieron los importantes cambios que experimentó el nacionalismo político, preñados de profundas consecuencias para la marcha del siglo xx.

Hay que mencionar cuatro aspectos de ese cambio. Como ya hemos visto, el primero fue la aparición del nacionalismo y el patriotismo como una ideología de la que se adueñó la derecha política. Ese proceso alcanzaría su máxima expresión en el período de entreguerras, en el fascismo, cuyos antepasados ideológicos hay que encontrar aquí. El segundo de esos aspectos es el principio, totalmente ajeno a la fase liberal de los movimientos nacionales, de que la autodeterminación nacional, incluyendo la formación de estados soberanos independientes, podía ser una aspiración no sólo de algunas naciones susceptibles de demostrar una viabilidad económica, política y cultural, sino de todos los grupos que afirmaran ser una «nación». La diferencia entre los viejos y los nuevos supuestos queda ilustrada por la que existe entre las doce amplias entidades que constituían «la Europa de las naciones», según Giuseppe Mazzini, el gran profeta del nacionalismo decimonónico, en 1857 (véase *La era del capital*, capítulo 5, I), y los 26 estados —27 si incluimos a Irlanda— que surgieron como consecuencia del principio de autodeterminación nacional enunciado por el presidente Wilson al finalizar la primera guerra mundial. El tercer aspecto era la tendencia creciente a considerar que «la autodeterminación nacional» no podía ser satisfecha por ninguna forma de autonomía que no fuera la independencia total. Durante casi todo el siglo xix, la mayor parte de las peticiones de autonomía no tenían esa dimensión. Finalmente, hay que mencionar la novedosa tendencia a definir la nación en términos étnicos y, especialmente, lingüísticos.

Antes de mediados del decenio de 1870 había estados, sobre todo en la porción occidental de Europa, que se consideraban representantes de «nacio-

nes» (por ejemplo, Francia, el Reino Unido o los nuevos estados de Alemania e Italia) y otros que, aunque basados en algún otro principio político, se consideraba que representaban al cuerpo central de sus habitantes sobre unas bases que podían considerarse de algún modo como nacionales (este era el caso de los zares, que gozaban de la lealtad del gran pueblo ruso en tanto que gobernantes rusos y ortodoxos). Con la excepción del imperio de los Habsburgo y, tal vez, del imperio otomano, las numerosas nacionalidades existentes en los estados constituidos no planteaban un grave problema político, sobre todo una vez que se produjo la creación de un estado, tanto en Alemania como en Italia. Ciertamente, no hay que olvidar a los polacos, divididos entre Rusia, Alemania y Austria, pero que nunca perdían de vista el restablecimiento de una Polonia independiente. No hay que olvidar tampoco, en el Reino Unido, a los irlandeses. Había también diversos núcleos de nacionalidades que, por una u otra razón, se encontraban fuera de las fronteras del estado-nación a la que habían preferido pertenecer, aunque sólo algunas de ellas planteaban problemas políticos; por ejemplo los habitantes de Alsacia-Lorena, anexionada por Alemania en 1871. (Niza y Saboya, entregadas a Francia en 1860 por lo que iba a ser el estado italiano, no mostraban signos importantes de descontento.)

Sin duda alguna, el número de movimientos nacionalistas se incrementó considerablemente en Europa a partir de 1870, aunque lo cierto es que en Europa se crearon muchos menos estados nacionales nuevos durante los cuarenta años anteriores al estallido de la primera guerra mundial que en los cuarenta años que precedieron a la formación del imperio alemán, y aquellos que se crearon no tenían gran importancia: Bulgaria (1878), Noruega (1907), Albania (1913).^{*} Había ahora «movimientos nacionales» no sólo entre aquellos pueblos considerados hasta entonces como «no históricos» (es decir, que nunca habían tenido un estado, una clase dirigente y una elite cultural independientes), como fineses y eslovacos, sino también entre pueblos en los que nadie había pensado hasta entonces, con excepción de los entusiastas del folclore, como los estonios y macedonios. También en el seno de otros estados-nación establecidos mucho tiempo antes, las poblaciones regionales comenzaron a movilizarse políticamente como «naciones», esto ocurrió en Gales, donde en la década de 1890 se organizó un movimiento de la Joven Gales bajo el liderazgo de un abogado local, David Lloyd George, que daría mucho que hablar en el futuro, y de España, donde se formó un Partido Nacionalista Vasco en 1894. Aproximadamente en esos mismos años Theodor Herzl inició el movimiento sionista entre los judíos, para los que hasta entonces había sido desconocido y carente de sentido el tipo de nacionalismo que ese movimiento representaba.

* Los estados establecidos o reconocidos internacionalmente en 1830-1871 incluían a Alemania, Italia, Bélgica, Grecia, Serbia y Rumanía. El llamado «compromiso» de 1867 significaba también la concesión de una amplia autonomía a Hungría por parte del imperio de los Habsburgo.

Muchos de esos movimientos no tenían todavía gran apoyo entre aquellos en cuyo nombre decían hablar, aunque la emigración masiva aportaba a muchos de los miembros de las comunidades atrasadas el poderoso incentivo de la nostalgia para identificarse con lo que habían dejado atrás y abría sus mentes a las nuevas ideas políticas. De todas maneras, adquirió mayor fuerza la identificación de las masas con la «nación» y el problema político del nacionalismo comenzó a ser más difícil de afrontar tanto para los estados como para sus adversarios no nacionalistas. Probablemente, la mayor parte de los observadores del escenario europeo desde comienzos de la década de 1870 pensaban que, tras el período de la unificación de Italia y Alemania y el compromiso austrohúngaro, el «principio de nacionalidad» sería menos explosivo que antes. Incluso las autoridades austríacas, cuando se les pidió que incluyeran en el censo una pregunta sobre la lengua (medida recomendada por el Congreso Internacional de Estadística de 1873), no se negaron a hacerlo, aunque no mostraron gran entusiasmo al respecto. No obstante, pensaban que había que dejar pasar el tiempo necesario para que se enfriaran los ánimos nacionalistas de los diez años anteriores. Consideraban que eso ya habría ocurrido para el momento de realizar el nuevo censo de 1880. Difícilmente podrían haberse equivocado de forma más espectacular.⁵

Ahora bien, lo que resultó importante a largo plazo no fue tanto el grado de apoyo que concitó la causa nacional entre este o aquel pueblo como la transformación de la definición y el programa del nacionalismo. En la actualidad estamos tan acostumbrados a una definición étnico-lingüística de las naciones, que olvidamos que, en esencia, esa definición se inventó a finales del siglo XIX. Sin entrar a analizar en profundidad esta cuestión, baste recordar que los ideólogos del movimiento irlandés no comenzaron a vincular la causa de la nación irlandesa con la defensa del gaélico hasta poco tiempo después de la fundación de la Liga Gaélica en 1893; que fue en ese mismo período cuando los vascos situaron su lengua en la base de sus reivindicaciones nacionales (como un factor distinto y que nada tenía que ver con sus fueros —privilegios institucionales— históricos); que los apasionados debates sobre si el macedonio es más parecido al búlgaro que al serbocroata fueron los últimos argumentos utilizados para decidir a cuál de esos dos pueblos debían unirse. En cuanto a los judíos sionistas, fueron aún más lejos al identificar a la nación judía con el hebreo, una lengua que los judíos no habían utilizado para la vida cotidiana desde los días del cautiverio de Babilonia, si es que la habían utilizado alguna vez. Acababa de ser inventada (en 1880) como una lengua de uso cotidiano —diferente de la lengua sagrada o ritual, o de una *lingua franca* culta— por un hombre que comenzó el proceso de dotarla de un vocabulario adecuado, inventando un término hebreo para «nacionalismo», y esa lengua se aprendía más como un signo de compromiso sionista que como medio de comunicación.

No significa esto que hasta entonces la lengua no hubiera sido un aspecto importante en la cuestión nacional. Era un criterio de nacionalidad entre muchos otros; y, en general, cuanto menos destacado ese criterio, más fuer-

te la identificación de las masas de un pueblo con su colectividad. La lengua no era un campo de batalla ideológico para aquellos que simplemente la hablaban, aunque sólo fuera porque era prácticamente imposible ejercer el control sobre la lengua que las madres utilizaban para hablar con sus hijos, los maridos con sus esposas y los vecinos entre sí. La lengua que hablaban la mayor parte de los judíos, el yiddish, no tenía ninguna dimensión ideológica hasta que la adoptó la izquierda no sionista y a la mayoría de los judíos que hablaban esa lengua no les importaba que muchas autoridades (incluyendo a las del imperio de los Habsburgo) se negaran incluso a aceptarla como una lengua distinta. Fueron muchos millones los que decidieron convertirse en miembros de la nación norteamericana, que, sin duda, no tenía una base étnica única, y aprendieron inglés impulsados por la necesidad y la conveniencia, sin que en sus esfuerzos por hablar la lengua intervinieran las ideas del alma nacional o la continuidad nacional. El nacionalismo lingüístico fue una creación de aquellos que escribían y leían la lengua y no de quienes la hablaban. Las «lenguas nacionales», en las que descubrían el carácter fundamental de sus naciones, eran, muy frecuentemente, una creación artificial, pues habían de ser compiladas, estandarizadas, homogeneizadas y modernizadas para su utilización contemporánea y literaria, a partir del rompecabezas de los dialectos locales o regionales que constituían las lenguas no literarias tal como eran habladas. Las grandes lenguas nacionales escritas de los estados-nación o de las culturas cultivadas habían pasado esa fase de compilación y «corrección» mucho antes: el alemán y el ruso en el siglo XVIII, el francés y el inglés en el siglo XVII, el castellano y el italiano incluso antes. Para la mayor parte de las lenguas de los grupos lingüísticos reducidos, el siglo XIX fue el período de las grandes «autoridades», que fijaron el vocabulario y el uso «correcto» de su idioma. En el caso de algunas otras lenguas —el catalán, el vasco, las lenguas de los países bálticos—, ese proceso se produjo en torno al cambio de siglo.

Las lenguas escritas están estrechamente —aunque no necesariamente— vinculadas con los territorios e instituciones. El nacionalismo, que se convirtió en la versión habitual de la ideología y el programa nacionales, era fundamentalmente territorial, pues su modelo básico era el estado territorial de la Revolución francesa. Una vez más, el sionismo constituye el ejemplo extremo, porque era un proyecto que no tenía precedente en —ni conexión orgánica con— la tradición que había dado al pueblo judío su permanencia, cohesión e indestructible identidad durante varios milenios. El sionismo exigía la adquisición de un territorio (habitado por otro pueblo) —para Herzl ni siquiera era necesario que ese territorio tuviera conexión histórica alguna con los judíos—, así como una lengua que no habían hablado desde hacía varios milenios.

La identificación de las naciones con un territorio exclusivo provocó tales problemas en amplias zonas del mundo afectadas por la emigración masiva e incluso en aquellas otras que no conocieron el fenómeno migratorio, que se elaboró una definición alternativa de nacionalidad, muy en especial en

el imperio de los Habsburgo y entre los judíos de la diáspora. El nacionalismo era considerado aquí como un fenómeno inherente no a un fragmento concreto del mapa en el que se asentaba un núcleo determinado de población, sino a los miembros de aquellos colectivos de hombres y mujeres que se consideraban como pertenecientes a una nacionalidad, con independencia del lugar donde vivían. En su calidad de tales, gozarían de «autonomía cultural». Los defensores de las teorías geográfica y humana de «la nación» se enzarzaron en agrias disputas, sobre todo en el seno del movimiento socialista internacional y, también, en el caso de los judíos, entre sionistas y bundistas. Ninguna de las dos teorías era totalmente satisfactoria, si bien la humana era más inofensiva. Desde luego, esa teoría no llevó a sus defensores a crear primero un territorio para luego obligar a sus habitantes a adoptar la forma nacional adecuada; es decir, como afirmaba Pilsudski, líder de la nueva Polonia independiente después de 1918: «Es el estado el que hace la nación y no la nación al estado».⁶

Desde el punto de vista sociológico, tenía razón, sin duda. No es que los hombres y mujeres —con la excepción de algunos pueblos nómadas o de la diáspora— no estuvieran profundamente enraizados en un lugar al que llamaban «patria», sobre todo teniendo en cuenta que durante la mayor parte de la historia la gran mayoría de la población pertenecía al sector con raíces más profundas de toda la humanidad, aquellos que vivían de la agricultura. Pero ese «territorio patrio» en nada se parecía al territorio de la nación moderna. La «patria» era el centro de una comunidad «real» de seres humanos con relaciones sociales reales entre sí, no la comunidad imaginaria que crea un cierto tipo de vínculo entre miembros de una población de decenas —en la actualidad incluso de centenares— de millones. El mismo vocabulario demuestra este hecho. En español, el término *patria* no fue sinónimo de *España* hasta finales del siglo XIX. En el siglo XVIII sólo significaba el lugar o aldea donde nacía una persona.⁷ *Paese* en italiano («país») y *pueblo* en español significan tanto aldea como el territorio nacional de sus habitantes.* El nacionalismo y el estado aplicaron los conceptos asociados de familia, vecino y suelo patrio a unos territorios y poblaciones de un tamaño y escala tales que convirtieron a esos conceptos en simples metáforas.

Pero naturalmente, con el declive de las comunidades reales a las que estaba acostumbrada la gente —aldea y familia, parroquia y barrio, gremio, confraternidad y muchas otras—, declive que se produjo porque ya no abarcaban, como en otro tiempo, la mayor parte de los acontecimientos de la vida y de la gente, sus miembros sintieron la necesidad de algo que ocupara su lugar. La comunidad imaginaria de «la nación» podía llenar ese vacío.

Se vio vinculada, inevitablemente, a ese fenómeno característico del siglo XIX que es el «estado-nación». En efecto, en el terreno de la política, Pil-

* La fuerza del serial alemán de televisión *Heimat* reside precisamente en que une la experiencia de los personajes de la «pequeña patria» —la montaña Hunsrück— con su experiencia de la «gran patria», Alemania.

sudski tenía razón. El estado no sólo creaba la nación, sino que *necesitaba* crear la nación. Los gobiernos llegaban ahora directamente a cada ciudadano de sus territorios en la vida cotidiana, a través de agentes modestos pero omnipresentes, desde los carteros y policías hasta los maestros y, en muchos países, los empleados del ferrocarril. Podían exigir el compromiso personal activo de los ciudadanos varones, más tarde también de las mujeres, con el estado: de hecho, su «patriotismo». En ese período cada vez más democrático, la autoridad no podía confiar ya en que los distintos órdenes sociales se sometieran espontáneamente a sus superiores en la escala social en la forma tradicional, ni tampoco en la religión tradicional como garantía eficaz de obediencia social, y necesitaba unir a los súbditos del estado contra la subversión y la disidencia. «La nación» era la nueva religión cívica de los estados. Constituía un nexo que unía a todos los ciudadanos con el estado, una forma de conseguir que el estado-nación llegara directamente a cada ciudadano, y era al mismo tiempo un contrapeso frente a todos aquellos que apelaban a otras lealtades por encima de la lealtad del estado: a la religión, a la nacionalidad o a un elemento étnico no identificado con el estado, tal vez sobre todo a la clase. En los estados constitucionales, cuanto más intensa fue la participación de las masas en la política a través de las elecciones, más posibilidades existían de que esas voces fueran escuchadas.

Además, incluso los estados no constitucionales comenzaron a comprender la fuerza política que residía en la posibilidad de apelar a sus súbditos sobre la base de la nacionalidad (una especie de llamamiento democrático sin los peligros de la democracia), así como sobre la base de su obligación de obedecer a las autoridades sancionadas por Dios. En la década de 1880 el zar de Rusia, enfrentado con las agitaciones revolucionarias, comenzó a aplicar la política que le había sido sugerida en vano a su abuelo en el decenio de 1830, de basar su gobierno no sólo en los principios de la autocracia y la ortodoxia, sino también en la nacionalidad: es decir, en apelar a los rusos en tanto que rusos.⁸ Desde luego, en cierto sentido, prácticamente todos los monarcas del siglo XIX se vieron obligados a utilizar un disfraz nacional, pues casi ninguno de ellos era nativo del país que gobernaba. Los príncipes y princesas, alemanes en su mayoría, que se convirtieron en monarcas o en monarcas consortes de Inglaterra, Grecia, Rumanía, Rusia, Bulgaria o cualquier otro país, pagaron tributo al principio de nacionalidad convirtiéndose en británicos (como la reina Victoria) o griegos (como Otto de Baviera) o aprendiendo otra lengua que hablaban con acento extranjero, y ello aunque tenían mucho más en común con los otros miembros del sindicato internacional de príncipes —o más bien diríamos familia, ya que todos ellos estaban emparentados— que con sus propios súbditos.

Lo que hacía que el nacionalismo de estado fuera aún más fundamental era que la economía de una era tecnológica y la naturaleza de su administración pública y privada exigía una educación elemental de masas, o cuando menos que estuvieran alfabetizadas. El siglo XIX fue el período en que se eclipsó la comunicación oral cuando se amplió la distancia existente entre la

autoridad y los súbditos y cuando la emigración masiva separó incluso a las madres y a los hijos, a los novios y a las novias a varios días de viaje de distancia. Desde el punto de vista del estado, la escuela presentaba otra ventaja fundamental: podía enseñar a los niños a ser buenos súbditos y ciudadanos. Hasta el triunfo de la televisión, ningún medio de propaganda podía compararse en eficacia con las aulas.

Podemos afirmar, pues, que desde el punto de vista de la educación, el período 1870-1914 fue por encima de todo la era de la escuela primaria en la mayor parte de los países europeos. El número de maestros se incrementó notablemente incluso en aquellos países que ya estaban bien escolarizados. Se triplicó en Suecia y aumentó casi otro tanto en Noruega. Al mismo tiempo, otros países relativamente atrasados avanzaron. El número de alumnos de escuelas primarias se duplicó en los Países Bajos; en el Reino Unido (que no tenía sistema educativo público antes de 1870) se triplicó y en Finlandia aumentó en trece veces. Incluso en los Balcanes, con un alto índice de analfabetismo, el número de niños de las escuelas elementales se cuadruplicó, mientras que el de maestros se triplicaba. Pero un sistema educativo nacional, es decir, organizado y supervisado por el estado, exigía una lengua nacional de instrucción. Así, la educación se unió a los tribunales de justicia y a la burocracia (véase *La era del capital*, capítulo 5) como fuerza que hizo de la lengua el requisito principal de nacionalidad.

Así pues, los estados crearon, con celo y rapidez extraordinarios, «naciones», es decir, patriotismo nacional y, al menos, para determinados objetivos, ciudadanos homogeneizados desde el punto de vista lingüístico y administrativo. La República francesa convirtió a los campesinos en franceses. El reino de Italia, siguiendo el lema de D'Azeglio (véase *La era del capital*, capítulo 5, II) desplegó todos sus esfuerzos, que se saldaron con éxito relativo, para «hacer italianos» a través de la escuela y el servicio militar, después de «haber hecho Italia». En los Estados Unidos, el conocimiento del inglés se convirtió en requisito para obtener la ciudadanía norteamericana y, desde finales del decenio de 1880, se comenzó a introducir un auténtico culto en la nueva religión cívica —la única permitida en una Constitución agnóstica— en forma de un ritual diario de homenaje a la bandera en todas las escuelas norteamericanas. Por su parte, el estado húngaro intentó por todos los medios convertir en magiares a sus habitantes multinacionales y el estado ruso trató de conseguir la rusificación de sus nacionalidades menores, es decir, intentó otorgar al ruso el monopolio de la educación. Allí donde el factor multinacional estaba suficientemente reconocido como para permitir que la educación elemental, e incluso secundaria, se realizara en otra lengua vernácula (como en el imperio de los Habsburgo), la lengua estatal gozaba de una ventaja decisiva en los niveles más elevados del sistema. De ahí la importancia, para aquellas nacionalidades que no estaban encarnadas en un estado, de la lucha por conseguir su propia universidad, como en Bohemia, Gales o Flandes.

En cuanto al nacionalismo de estado, real o (como en el caso de los monarcas) inventado por cuestión de conveniencia, era un arma estratégica de

dos filos. Si es verdad que movilizaba a una parte de la población, alienaba a otra, a aquellos que no pertenecían, o no querían pertenecer, a la nación identificada con el estado. En resumen, contribuyó a definir las nacionalidades excluidas de la nacionalidad oficial separando a aquellas comunidades que, por la razón que fuera, oponían resistencia a la lengua y la ideología oficiales.

II

Pero ¿por qué se resistían algunos, cuando muchos otros no lo hacían? Después de todo, los campesinos —y todavía más sus hijos— podían obtener importantes ventajas si se convertían en franceses, y lo mismo se puede decir de todos aquellos que adquirirían una lengua importante de cultura y progreso profesional además de su propio dialecto o su lengua vernácula. En 1910, el 70 por 100 de los inmigrantes alemanes en Estados Unidos, que desde 1900 llegaron allí con un promedio de 41 dólares en el bolsillo,⁹ eran ya ciudadanos norteamericanos que hablaban inglés, aunque desde luego no tenían intención alguna de dejar de hablar el alemán y de sentirse alemanes.¹⁰ (En realidad, muy pocos estados intentaron realmente interrumpir la vida privada de las lenguas y culturas minoritarias, siempre que éstas no desafiaban la supremacía pública del estado-nación oficial.) Muchas veces, se daba el caso de que la lengua no oficial no podía competir eficazmente con la lengua oficial, excepto en temas de religión, poesía y sentimiento comunitario o familiar. Por muy extraño que nos pueda resultar en la actualidad, había apasionados nacionalistas galeses que aceptaban que su lengua celta ocupara un papel secundario en la centuria del progreso y algunos que incluso aceptaban la eutanasia natural de su lengua.* Eran muchos los que decidían emigrar no de un territorio a otro, sino de una a otra clase, trayecto que podía implicar muy bien un cambio de nación o, como mínimo, un cambio de lengua. La Europa central se llenó de nacionalistas alemanes con nombres eslavos y de magiares cuyos nombres eran traducción literal del alemán o adaptaciones de nombres eslovacos. La nación estadounidense y la lengua inglesa no fueron las únicas que, en la era del liberalismo y la movilidad, hicieron una invitación más o menos pública de adhesión. Eran muchos los que se sentían felices de aceptar esas invitaciones, tanto más cuanto que no se les exigía que rechazaran su origen. Durante la mayor parte del siglo XIX, la «asimilación» no fue ni mucho menos un término negativo, era lo que muchos esperaban conseguir, sobre todo aquellos que aspiraban a integrarse en las clases medias.

Una razón inequívoca que indujo a determinados miembros de algunas nacionalidades a negarse a «asimilarse» era que no se les permitía convertir-

* De hecho, el término lo utilizó un testigo galés ante el comité parlamentario de 1847 sobre la educación en Gales.

se en miembros de pleno derecho de la nación oficial. El caso extremo es el de las elites nativas en las colonias europeas, educadas en la lengua y la cultura de los países colonialistas para que pudieran administrar las colonias en beneficio de los europeos, pero que desde luego no eran tratadas como iguales. Antes o después tenía que estallar un conflicto en esos lugares, sobre todo si tenemos en cuenta que la educación occidental les proveía de una lengua específica para articular sus reivindicaciones. ¿Por qué tendrían que celebrar los indonesios el centenario de la liberación de los Países Bajos de las manos de Napoleón?, escribía un intelectual indonesio en 1913 (en holandés). Si él hubiera sido neerlandés, «no realizaría una celebración de independencia en un país en el que se ha arrebatado a su pueblo la independencia».¹¹

Los pueblos coloniales eran un caso extremo, pues desde el principio estaba claro que, dado el racismo de la sociedad burguesa, la asimilación no habría de convertir a las gentes de piel oscura en ingleses, belgas u holandeses «reales», por mucho que tuvieran tanto dinero, sangre noble y tantas cualidades para los deportes como la nobleza europea, como ocurría en el caso de muchos rajás indios educados en Inglaterra. Pero incluso en los territorios habitados por blancos, se daba una flagrante contradicción entre la oferta de asimilación sin límites para todo aquel que demostrara su disposición y capacidad para integrarse en el estado-nación y el rechazo de algunos grupos en la práctica. Esto resultaba especialmente dramático para aquellos que habían supuesto hasta entonces, con argumentos plausibles, que no existían límites a lo que podía conseguir la asimilación: los judíos de clase media occidentalizados y cultivados. Esta es la razón por la que el caso Dreyfus en Francia, que no fue otra cosa sino el sacrificio de un oficial francés por ser judío, produjo una reacción de horror tan intensa, no sólo entre los judíos, sino también entre todos los liberales, y desembocó directamente en la aparición del sionismo, nacionalismo judío basado en un estado territorial.

Los cincuenta años anteriores a 1914 fueron un período típico de xenofobia y, por tanto, de reacción nacionalista ante ella porque —incluso dejando al margen el colonialismo global— fue una era de movilidad y migración masivas y, sobre todo durante los decenios de la depresión, de tensiones sociales abiertas u ocultas. Por poner un solo ejemplo, en 1914 unos 3.6 millones (o casi el 15 por 100 de la población) había abandonado para siempre el territorio de Polonia, sin contar otro medio millón de emigrantes estacionales *anuales*.¹² La consecuente xenofobia no procedió únicamente desde abajo. Sus manifestaciones más inesperadas, que reflejaban la crisis del liberalismo burgués, procedieron de las clases medias instaladas, que, de hecho, no era probable que llegaran nunca a conocer el tipo de personas que se asentaron en el Lower East Side de Nueva York o que vivían en las barracas de los recolectores de Sajonia. Max Weber, gloria de la intelectualidad burguesa alemana sin prejuicios, engendró un sentimiento tan intenso en contra de los polacos (de cuya importación masiva de mano de obra barata acusaba correctamente a los terratenientes alemanes), que en el decenio de 1890 entró a formar parte de la ultranacionalista Liga Pangermana.¹³ El prejuicio racial

sistematizado contra «los eslavos, mediterráneos y semitas» en los Estados Unidos se dio entre los nativos blancos, en especial entre las clases media y alta protestantes y anglófonas, que inventaron incluso en este período su propio mito heroico nativista del *cowboy* anglosajón (y afortunadamente no agremiado) de los grandes espacios abiertos, tan diferentes de los peligrosos hormigueros de las grandes ciudades cada vez más pobladas.*

De hecho, para esta burguesía el aflujo de extranjeros pobres dramatizaba y simbolizaba los problemas planteados por el proletariado urbano en expansión, y en ellos se conjugaban las características de los «bárbaros» internos y externos, que amenazaban con acabar con la civilización tal como la conocían las gentes respetables (véase *supra*, p. 43). También dramatizaban, en ningún sitio como en los Estados Unidos, la aparente incapacidad de la sociedad para hacer frente a los problemas de un cambio precipitado y el imperdonable pecado de las nuevas masas de no aceptar la posición superior de las viejas elites. Fue en Boston, centro de la burguesía tradicional blanca, anglosajona y protestante, educada y rica, donde se fundó la Liga para la restricción de la emigración en 1893. Desde el punto de vista político, la xenofobia de las clases medias fue, casi con toda seguridad, más eficaz que la xenofobia de la clase obrera, que era un reflejo de las fricciones culturales existentes entre sectores próximos y del temor a la competencia por el puesto de trabajo por parte de una mano de obra que cobraba bajos salarios. Eso fue así excepto en un sentido. Fue la presión de la clase obrera la que, de hecho, excluyó a los extranjeros de los mercados de trabajo, pues en el caso de los empresarios el incentivo para importar mano de obra barata era casi irresistible. En los casos en que el elemento extranjero quedó totalmente excluido, como ocurrió con las prohibiciones planteadas a los inmigrantes que no fueran de raza blanca en California y Australia, y que se impusieron en los decenios de 1880 y 1890, esas medidas no provocaron enfrentamientos nacionales ni locales, lo cual, naturalmente, sí podía acontecer cuando se discriminaba a un grupo ya asentado, caso de los africanos en la Suráfrica blanca o de los católicos en el norte de Irlanda. Sin embargo, la xenofobia de la clase obrera raramente fue muy eficaz antes de 1914. Considerando el fenómeno en conjunto, lo cierto es que la mayor oleada migratoria que se ha producido en la historia provocó escasas agitaciones contra la inmigración de mano de obra extranjera incluso en los Estados Unidos, y en muchos casos, como en Argentina y Brasil, no se produjo agitación alguna.

De todas formas, quienes inmigraban a países extranjeros sentían que se despertaban en ellos sentimientos nacionalistas, tuvieran que sufrir o no la xenofobia local. Los polacos y eslovacos tomaron conciencia de su condición de tales no sólo porque una vez que abandonaban sus aldeas natales no po-

* Los tres miembros de la elite nororiental responsables fundamentalmente de este mito (que, por cierto, creó el pueblo fundamentalmente responsable de la cultura y vocabulario de los vaqueros, los mexicanos) fueron Owen Wister (autor de *El virginiano*, 1902), el pintor Frederick Remington (1861-1909) y el que luego sería presidente, Theodore Roosevelt.¹⁴

dían considerarse ya como pueblos que no necesitaban ninguna definición, y no sólo porque los estados a los que se incorporaban les imponían una nueva definición, clasificando a aquellos que hasta entonces se habían considerado sicilianos o napolitanos, o incluso nativos de Luca o Salerno, como «italianos» a su llegada a los Estados Unidos. Necesitaban su comunidad para encontrar ayuda. ¿De quién podían esperar ayuda aquellos inmigrantes que comenzaban a vivir una vida nueva, extraña y desconocida, excepto de los parientes y amigos, de gentes del viejo país? (Incluso aquellos que emigraban de una región a otra dentro del mismo país solían mantenerse unidos.) ¿Quién podía incluso comprender su lengua, sobre todo en el caso de la mujer, cuya actividad doméstica le hacía más difícil superar el monolingüismo? ¿Quién podía conseguir que dejaran de ser simplemente un contingente de extranjeros para convertirse en una comunidad excepto alguna institución como su Iglesia, que, aunque en teoría universal, en la práctica era nacional, porque sus sacerdotes procedían del mismo entorno que las congregaciones de fieles y los sacerdotes eslovacos tenían que hablarles en eslovaco, no importa cuál fuera la lengua en que celebraban la misa? Así, «la nacionalidad» se convirtió en un tejido real de relaciones personales más que en una comunidad simplemente imaginaria, por el solo hecho de que al encontrarse alejados de la patria, cada esloveno tenía una conexión personal potencial con los demás eslovenos cuando se encontraban.

Además, si había que organizar de alguna forma a esas poblaciones en las nuevas sociedades en que se encontraban, había que hacerlo de manera que permitiese la comunicación. Como hemos visto, los movimientos obreros y socialistas eran internacionalistas y soñaban incluso, como en otro tiempo los liberales (véase *La era del capital*, capítulo 3, I, IV), en un futuro en que todos hablarían una sola lengua, sueño que todavía sobrevive en algunos grupos reducidos de esperantistas. Como Kautsky mantenía todavía en 1908, llegaría finalmente un día en que todo el conjunto de la humanidad culta se fusionaría en una sola lengua y nacionalidad.¹⁵ Pero, entretanto, tenían que afrontar el problema de la torre de Babel: los sindicatos de las fábricas de Hungría podrían verse obligados a realizar los llamamientos de huelga en cuatro lenguas distintas.¹⁶ No tardaron en descubrir que las organizaciones formadas por nacionalidades mixtas no funcionaban bien a menos que sus miembros ya fueran bilingües. Los movimientos internacionales de las gentes trabajadoras tenían que ser combinaciones de unidades nacionales o lingüísticas. En los Estados Unidos el partido que se convirtió, de hecho, en partido de masas de los trabajadores, el de los demócratas, se desarrolló necesariamente como una coalición «étnica».

Cuanto más intensos eran los movimientos migratorios y más rápido el desarrollo de las ciudades y la industria que enfrentaba a unas masas de desarraigados con otras, mayor era la base para que surgiera una conciencia nacional entre esos desarraigados. Por eso, en muchos casos el exilio fue el lugar fundamental de incubación de los nuevos movimientos nacionales. Cuando el futuro presidente Masaryk firmó el acuerdo para la creación de un

estado que uniera a checos y eslovacos (Checoslovaquia), lo hizo en Pittsburgh, porque era en Pensilvania y no en Eslovaquia donde había que buscar la base de masas de un nacionalismo eslovaco organizado. En cuanto a los atrasados pueblos de las montañas de los Cárpatos, conocidos en Austria como rutenos, que también se integrarían en Checoslovaquia entre 1918 y 1945, su nacionalismo sólo encontraba expresión organizada entre los emigrantes de los Estados Unidos.

Es posible que la ayuda y la protección de los emigrantes contribuyera al desarrollo del nacionalismo en sus naciones, pero no basta para explicarlo. Ahora bien, en la medida en que descansaba en una nostalgia ambigua de los viejos hábitos que los emigrantes habían dejado tras de sí, tenía algo en común con una fuerza que, sin duda, estimulaba el nacionalismo, sobre todo en las naciones más pequeñas. Esa fuerza era el neotradicionalismo, una reacción defensiva o conservadora frente a la perturbación del viejo orden social por la epidemia en aumento de la modernidad, el capitalismo, las ciudades y la industria, sin olvidar el socialismo proletario, que era su consecuencia lógica.

El elemento tradicionalista es evidente en el apoyo que la Iglesia católica prestó a movimientos tales como el nacionalismo vasco y flamenco y a otros muchos nacionalismos de pueblos pequeños que eran rechazados, casi por definición, por el nacionalismo liberal como incapaces de constituir estados-nación viables. Los ideólogos de derecha, cuyo número se incrementó, tendieron también a promocionar el regionalismo cultural de raíces tradicionales, como el félibrige provenzal. De hecho, los antepasados ideológicos de la mayor parte de los movimientos separatistas-regionales de la Europa occidental de finales del siglo xx (bretones, galeses, occitanos, etc.) se hallan en la derecha intelectual de los años anteriores a 1914. Por otra parte, entre esos pueblos pequeños, por lo general ni la burguesía ni el nuevo proletariado se interesaban por el mininacionalismo. En Gales, el desarrollo del movimiento obrero socavó el nacionalismo de la Joven Gales, que había amenazado con apoderarse del Partido Liberal. En cuanto a la nueva burguesía industrial, lo lógico era que prefiriera el mercado de una gran nación o del mundo a la limitación de un pequeño país o región. Ni en la Polonia rusa ni en el País Vasco, dos regiones con un exagerado desarrollo industrial dentro de estados más amplios, mostraron interés los capitalistas nativos por la causa nacional, y la burguesía de Gante, claramente francófila, era una provocación permanente para los nacionalistas flamencos. Aunque esa falta de interés no era universal, era lo bastante fuerte como para llevar a Rosa Luxemburg a suponer erróneamente que no existía una base burguesa en el nacionalismo polaco.

Pero, lo que aún era más frustrante para los nacionalistas tradicionalistas, la más tradicional de todas las clases, el campesinado, mostró también escaso interés por el nacionalismo. Los campesinos de lengua vasca manifestaron muy poco entusiasmo por el Partido Nacionalista Vasco, fundado en 1894 para defender todo lo ancestral frente a la incursión de los españoles y de los

trabajadores ateos. Como casi todos los movimientos de esas características, era una institución fundamentalmente urbana e integrada por miembros de la clase media y media baja.¹⁷

De hecho, el progreso del nacionalismo en el período que analizamos fue en gran medida un fenómeno protagonizado por esas capas medias de la sociedad. Así pues, está perfectamente justificado que los socialistas contemporáneos adjudicaran a ese fenómeno el calificativo de «pequeñoburgués». La relación con esas capas sociales contribuye a explicar las tres características nuevas que ya hemos señalado: la militancia lingüística, la exigencia de estados independientes en lugar de otras formas de autonomía más restringida y su identificación con la derecha y la ultraderecha políticas.

Para las clases medias bajas que trataban de elevarse desde un entorno popular, la carrera y la lengua vernácula estaban inseparablemente unidas. Desde el momento en que la sociedad descansaba en la alfabetización masiva, era indispensable que una lengua hablada llegara a ser oficial —un medio para la burocracia y la enseñanza— si se quería evitar que esa sociedad se hundiera en el submundo de una comunicación puramente oral dignificada ocasionalmente con el estatus de una exposición en un museo de folclore. La educación de masas, es decir, primaria, era el eje fundamental, pues sólo era posible realizarla en una lengua que pudiera entender el grueso de la población.* La educación en una lengua totalmente extranjera, viva o muerta, sólo es posible para una minoría selecta y muchas veces exigua que posee el tiempo, el dinero y el esfuerzo necesarios para adquirir un dominio suficiente de esa lengua. Una vez más, la burocracia era un elemento crucial, porque decidía el estatus oficial de una lengua, y porque en la mayor parte de los países ofrecía el mayor número de puestos de trabajo que exigían un nivel cultural. De aquí las innumerables luchas mezquinas que perturbaban la política del imperio de los Habsburgo desde 1890 en relación con la lengua que se debía utilizar para los rótulos de las calles en las zonas de nacionalidad mixta y sobre cuestiones tales como la nacionalidad de los jefes de correos o los jefes de estaciones.

Pero sólo el poder político podía transformar el estatus de las lenguas o dialectos menores (que, como todo el mundo sabe, son lenguas que no poseen un ejército ni una fuerza de policía). Esto explica las presiones y contrapresiones en la elaboración de los complejos censos del período (por ejemplo, los de Bélgica y Austria en 1910), de los que dependía el estatus político de una u otra lengua. Esto explica también, al menos en parte, la movilización política de los nacionalistas a causa de la lengua en el momento en que, como en Bélgica, el número de flamencos bilingües creció muy nota-

* La prohibición de utilizar el galés o alguna lengua o dialecto local en la clase, que dejó huellas tan traumáticas en los recuerdos de los eruditos e intelectuales locales, se debió no a una especie de pretensión totalitaria del estado-nación dominante, sino casi con toda seguridad a la convicción sincera de que sólo era posible una educación adecuada en la lengua del estado y de que la persona que fuera monolingüe inevitablemente se vería en inferioridad de condiciones como ciudadano en sus perspectivas profesionales.

blemente o, como en el País Vasco, en que el uso de la lengua vasca estaba desapareciendo prácticamente en las ciudades de más rápido crecimiento.¹⁸ Sólo la presión política podía conseguir para esas lenguas «no competitivas» un lugar como medio de educación o de comunicación pública no escrita. Sólo eso y nada más que eso convirtió a Bélgica en un país oficialmente bilingüe (1870) y al flamenco en una asignatura obligatoria en las escuelas secundarias de Flandes (sólo en 1883). Pero una vez que la lengua no oficial había alcanzado esa posición oficial, automáticamente consiguió una importante circunscripción política formada por personas cultas de lengua vernácula. Entre los 4,8 millones de alumnos de las escuelas primaria y secundaria de Austria en 1912 existían muchos más nacionalistas potenciales y reales que entre los 2,2 millones de 1874, sin mencionar los aproximadamente 100.000 nuevos profesores dedicados ahora a instruirles en las diferentes lenguas enfrentadas.

Con todo, en las sociedades multilingües, aquellos que eran educados en la lengua vernácula y que podían utilizar esa educación para realizar un progreso profesional se sentían, sin embargo, inferiores y desheredados. En efecto, si en la práctica se encontraban en una posición ventajosa para competir por los puestos de trabajo de menos importancia, porque tenían muchas más probabilidades de ser bilingües que los *snobs* de la lengua de elite, podían considerarse, no sin razón, en desventaja a la hora de optar a los puestos más importantes. Esto explica la presión para extender la enseñanza vernácula de la educación primaria a la secundaria y, finalmente, a la cima del sistema educativo, la universidad vernácula. Tanto en Gales como en Flandes la demanda de una universidad vernácula fue exclusivamente política (y muy intensa) por esa razón. De hecho, en Gales la universidad nacional, creada en 1893, fue durante un tiempo la primera y única institución nacional de un pueblo cuyo pequeño país no tenía existencia administrativa o de otro tipo separada de Inglaterra. Aquellos cuya primera lengua era una lengua vernácula no oficial habían de verse apartados, casi con toda seguridad, de las parcelas más elevadas de la cultura y de los asuntos privados y públicos, a no ser en tanto que hablantes de la lengua oficial y superior en que tales asuntos eran conducidos. En resumen, el mismo hecho de que nuevos sectores de las clases medias bajas e incluso de la clase media hubieran sido educados en esloveno o en flamenco hacía destacar el hecho de que los puestos más elevados quedaban en manos de los que hablaban todavía francés o alemán, aunque no se preocuparan de aprender la lengua secundaria.

Se hacía necesaria una mayor presión política para superar esa dificultad. De hecho, lo que se necesitaba era *poder* político. Para expresarlo con toda claridad, había que obligar a la gente a utilizar la lengua vernácula para todas aquellas actividades en las que normalmente habrían preferido utilizar otra lengua. Hungría insistía en el uso del magiar en la escuela, aunque cualquier húngaro educado, entonces como ahora, sabía perfectamente que el conocimiento de al menos una de las lenguas utilizadas internacionalmente era fundamental para ocupar cualquier puesto, excepto los más bajos, en la so-

ciudad húngara. La imposición, o la presión del gobierno, equivalente a una imposición, fue el procedimiento para convertir al magiar en una lengua literaria que pudiera ser utilizada para todos los aspectos necesarios de una sociedad moderna en su propio territorio, aunque nadie pudiera entender una palabra de ella fuera de ese territorio. El poder político por sí sólo —en último extremo el poder del estado— podía ser suficiente para alcanzar ese resultado. Los nacionalistas, en especial aquellos cuyas perspectivas de vida y de carrera estaban vinculadas a su lengua, no iban a plantear si existían otras formas para conseguir que las lenguas se desarrollaran y florecieran.

En este contexto, el nacionalismo lingüístico tenía una tendencia intrínseca a la secesión. Y, a la inversa, la reivindicación de un territorio estatal independiente parecía cada vez más inseparable de la lengua; vemos, así, que en el decenio de 1890 la defensa oficial del gaélico penetra en el nacionalismo irlandés, aunque —o tal vez por ello— la mayor parte de los irlandeses se sentían plenamente satisfechos hablando sólo inglés. Por su parte, el sionismo inventó el hebreo como lengua cotidiana, porque ninguna otra lengua de los judíos les comprometía en la construcción de un estado territorial. Hay cabida para una serie de reflexiones interesantes sobre el diferente destino que conocieron los esfuerzos políticos de ingeniería lingüística, pues algunos de ellos se saldarían con el fracaso (como la reconversión de los irlandeses al gaélico) o con un fracaso a medias (como la construcción de un noruego más noruego: *nynorsk*), mientras que otros intentos acabarían triunfando. Sin embargo, hasta 1914 por lo general faltó el necesario poder del estado. En 1916 no eran más de 16.000 los hablantes habituales del hebreo.

Pero el nacionalismo estaba unido de otra forma a las capas medias de la población, lo que impulsó a ambos hacia la derecha política. La xenofobia se daba fácilmente entre los comerciantes, los artesanos independientes y algunos campesinos amenazados por el progreso de la economía industrial, sobre todo, una vez más, durante los difíciles años de la depresión. El extranjero simbolizaba la perturbación de los viejos hábitos y el sistema capitalista que los perturbaba. Así, el virulento antisemitismo político que hemos visto que se difundió por el mundo occidental a partir de 1880 poco tenía que ver con el número real de judíos contra quienes iba dirigido: era tan eficaz en Francia, donde había 60.000 judíos en una población de 40 millones, como en Alemania, donde su número ascendía a medio millón en una población de 65 millones, o en Viena, donde constituían el 15 por 100 de la población total. (No era un factor político en Budapest, donde formaban la cuarta parte de la población.) Ese antisemitismo iba dirigido hacia los banqueros, empresarios y otros a quienes se identificaba con la destrucción que el capitalismo causaba en los «hombres pequeños». La caricatura típica del capitalista durante la *belle époque* no era únicamente la de un hombre gordo con sombrero de copa y fumando un puro, sino que además tenía una nariz judía, porque los sectores económicos en los que destacaban los judíos competían con los pequeños tenderos y porque otorgaban o negaban créditos a los granjeros y a los pequeños artesanos.

Para el líder socialista alemán Bebel, el antisemitismo era «el socialismo de los idiotas». Pero lo que sorprende en el desarrollo del antisemitismo político a finales de la centuria no es tanto la ecuación «judío = capitalista», que no era inverosímil en extensas zonas de la Europa centrooriental, sino su asociación con el nacionalismo de *derechas*. Esto era consecuencia no sólo de la aparición de movimientos socialistas que combatían sistemáticamente la xenofobia latente o abierta de sus seguidores, de forma que en esos sectores el rechazo de los extranjeros y de los judíos tendía a ser mucho más vergonzoso que en el pasado. Esto significó una clara orientación de la ideología nacionalista hacia la derecha en los estados más importantes, especialmente en el decenio de 1890, cuando vemos, por ejemplo, cómo las antiguas organizaciones de masa del nacionalismo alemán, las *Turner* (asociaciones gimnásticas), derivaron del liberalismo heredado de la revolución de 1848 hacia una postura agresiva, militarista y antisemítica. Fue a raíz de que los estándares del patriotismo pasaran a ser propiedad de la derecha política cuando la izquierda encontró problemas para adaptarlos, incluso allí donde el patriotismo estaba tan firmemente identificado con la revolución y la causa del pueblo como en el caso de la bandera tricolor francesa. Agitar el nombre y la bandera nacionales les parecía un riesgo de contaminación de la ultraderecha. Tendría que llegar la era hitleriana para que la izquierda francesa recuperara por completo el patriotismo jacobino.

El patriotismo se decantó hacia la derecha política, no sólo porque su anterior sostén ideológico, el liberalismo burgués, se batía en retirada, sino también porque la situación internacional que aparentemente había permitido que el liberalismo y el nacionalismo fueran compatibles ya no era la misma. Hasta la década de 1870 —tal vez incluso hasta el Congreso de Berlín de 1878— podía afirmarse que la victoria de un estado-nación no significaba necesariamente la derrota de otro. De hecho, el mapa de Europa se había transformado mediante la creación de dos grandes estados-nación (Alemania e Italia) y la formación de otros más reducidos en los Balcanes, sin que se produjera ninguna guerra ni se dislocase el sistema internacional de estados. Hasta la gran depresión, el librecambio, que tal vez beneficiaba al Reino Unido más que a otros países, interesaba a todos. Pero la situación varió a partir de 1870, y cuando el estallido de un conflicto global comenzó a ser considerado de nuevo como una posibilidad real, aunque no inevitable, comenzó a ganar terreno el nacionalismo que veía a las otras naciones como una amenaza.

Ese nacionalismo engendró los movimientos de la derecha política que surgieron de la crisis del liberalismo y, al mismo tiempo, fue reforzado por esos movimientos. Ciertamente, aquellos hombres que fueron los primeros en autotitularse «nacionalistas» se vieron muchas veces impulsados a la acción por la experiencia de la derrota de sus estados en la guerra. Tal es el caso de Maurice Barrès (1862-1923) y Paul Deroulède (1846-1914) tras la victoria alemana sobre Francia en 1870-1871, y de Enrico Corradini (1865-1931) tras la derrota de Italia, aún más estrepitosa, a manos de Etiopía en 1896. Y los movimientos que fundaron, que hicieron que el término *nacionalismo* se in-

corporara a los diccionarios de carácter general, fueron creados deliberadamente «como reacción contra la democracia entonces en el gobierno», es decir, contra la política parlamentaria.¹⁹ Los movimientos franceses de este tipo siguieron siendo marginales, caso de la Action Française (fundada en 1898) que se perdió en un monarquismo irrelevante desde el punto de vista político y en una prosa injuriosa. Por su parte, los movimientos nacionalistas italianos se fusionaron con el fascismo después de la primera guerra mundial. Eran exponentes característicos de un nuevo tipo de movimientos políticos basados en el chovinismo, la xenofobia y, cada vez más, en la idealización de la expansión nacional, la conquista y la guerra.

Un nacionalismo de esas características era el vehículo perfecto para expresar los resentimientos colectivos de aquella gente que no podía explicar con precisión su descontento. Los culpables de ese descontento eran los extranjeros. El caso Dreyfus dio al antisemitismo francés unos ribetes especiales, no sólo porque el acusado era judío (¿qué se le había perdido a un extranjero en el generalato francés?), sino también porque su supuesto crimen era el de espionaje en favor de Alemania. Por otra parte, a los «buenos» alemanes se les helaba la sangre ante la idea de que su país estaba siendo «rodeado» sistemáticamente por la alianza de sus enemigos, como sus líderes les recordaban con frecuencia. Mientras tanto, los ingleses se disponían a celebrar el estallido de la guerra mundial (como otros pueblos beligerantes) mediante una explosión de histeria antiextranjera que aconsejó sustituir el nombre alemán de la dinastía real por el apellido anglosajón de «Windsor». Sin duda, todo ciudadano nativo, con la excepción de una minoría de socialistas internacionalistas, de algunos intelectuales, hombres de negocios cosmopolitas y de los miembros del club internacional de aristócratas, sintieron hasta cierto punto el atractivo del chovinismo. Sin duda, casi todo el mundo, incluso muchos socialistas e intelectuales, estaban tan profundamente imbuidos del racismo esencial de la civilización decimonónica (véase *La era del capital*, capítulo 14, II, e *infra*, pp. 262-263), que eran también vulnerables, de forma indirecta, a las tentaciones que derivan del hecho de considerar que la clase o el pueblo al que uno pertenece tiene una superioridad natural intrínseca sobre los demás. El imperialismo no podía sino reforzar esas tentaciones entre los miembros de los estados imperialistas. Pero, desde luego, los que respondieron con mayor fuerza a los sonidos de las trompetas nacionalistas pertenecían al espectro que iba desde las clases altas de la sociedad a los campesinos y proletarios en el escalón más bajo.

Para ese conjunto de capas medias, el nacionalismo tenía también un atractivo más amplio y menos instrumental. Les proporcionaba una identidad colectiva como «defensores auténticos» de la nación que les eludía como clase, o como aspirantes a alcanzar el estatus burgués que tanto codiciaban. El patriotismo compensaba la inferioridad social. Así, en el Reino Unido, donde no existía el servicio militar obligatorio, la curva de reclutamiento voluntario de los soldados de clase trabajadora en la guerra imperialista surafricana (1899-1902) refleja simplemente la situación económica. Crecía

o disminuía de acuerdo con la marcha del desempleo. Pero la curva de reclutamiento entre los jóvenes de clase media baja y entre los administrativos reflejaba claramente el atractivo de la propaganda patriótica. En cierto sentido, el patriotismo de uniforme podía aportar una recompensa social. En Alemania permitía conseguir la condición potencial de oficial de la reserva para aquellos muchachos que habían seguido la educación secundaria hasta los 16 años, incluso aunque no continuaran sus estudios. En el Reino Unido, como la guerra iba a poner de relieve, incluso los empleados y vendedores al servicio de la nación podían llegar a ser oficiales y —en la terminología brutalmente sincera de las clases altas británicas— «caballeros temporales».

III

Pero el nacionalismo del período 1870-1914 no puede ser reducido a la condición de una ideología que atraía a las frustradas clases medias o a los antepasados antiliberales (y antisocialistas) del fascismo. En efecto, es indudable que en este período los gobiernos, partidos o movimientos que estaban en condiciones de hacer un llamamiento nacional gozaban de una posición ventajosa, mientras que los que no gozaban de esa posibilidad estaban en situación de desventaja. Es innegable que el estallido de la guerra en 1914 produjo accesos genuinos, aunque a veces efímeros, de patriotismo de masas en los principales países beligerantes. Y en los estados multinacionales, los movimientos obreros organizados sobre una base estatal lucharon y perdieron la batalla contra la disgregación en movimientos separados basados en cada una de las nacionalidades de los trabajadores. El movimiento obrero y socialista del imperio de los Habsburgo se escindió, pues, antes de que lo hiciera el mismo imperio.

De todas formas, existe una diferencia fundamental entre el nacionalismo como ideología de movimientos nacionalistas y de unos gobiernos deseosos de agitar la bandera nacional, y el llamamiento más amplio de la nacionalidad. Los primeros sólo tenían en cuenta la creación o el engrandecimiento de «la nación». Su programa era resistir, expulsar, derrotar, conquistar, someter o eliminar «al extranjero». Todo lo demás carecía de importancia. Era suficiente con afirmar el carácter irlandés, alemán o croata de los irlandeses, alemanes o croatas en su propio estado independiente, que les perteneciera únicamente a ellos, anunciar su futuro glorioso y hacer todo tipo de sacrificios para conseguirlo.

En la práctica, fue esto lo que limitó su influencia a un conjunto de ideólogos y militantes apasionados, a una informe clase media que buscaba cohesión y autojustificación, a unos grupos (una vez más, fundamentalmente entre los «hombres pequeños») que pudieran descargar todos su descontento sobre los malhadados extranjeros... y, por supuesto, a unos gobiernos que recibieron de buen grado una ideología que decía a los ciudadanos que el patriotismo era suficiente.

Pero para la mayor parte de la gente, el nacionalismo por sí solo no bastaba. Paradójicamente, esto se aprecia con toda claridad en los movimientos de nacionalidades que no habían alcanzado todavía la autodeterminación. En el período que estudiamos, los movimientos nacionales que consiguieron un auténtico apoyo de masas —y, desde luego, no todos los movimientos que lo buscaron lo consiguieron— fueron prácticamente siempre los que conjugaron la apelación a la nacionalidad y la lengua con algún otro interés poderoso o fuerza movilizadora, antigua o moderna. Una de esas fuerzas movilizadoras era la religión. Sin la Iglesia católica, los movimientos flamenco y vasco habrían carecido de significación política, y nadie pone en duda que el catolicismo dio consistencia e implantación entre las masas al nacionalismo de irlandeses y polacos, gobernados por unas autoridades cuya confesión religiosa era distinta. De hecho, durante este período el nacionalismo de los fenianos irlandeses que originalmente era un movimiento secular y anticlerical dirigido a los irlandeses sin atender a su condición religiosa, llegó a ser una fuerza política importante precisamente cuando permitió que el nacionalismo irlandés se identificara con el irlandés católico.

Como ya hemos sugerido —y esto es aún más sorprendente—, hubo partidos cuyo objetivo original y fundamental era la liberación internacional social y clasista, que se convirtió también en vehículo de la liberación nacional. El restablecimiento de la independencia de Polonia se consiguió no bajo el liderazgo de ninguno de los numerosos partidos cuyo único objetivo era la independencia, sino bajo la dirección del Partido Socialista Polaco de la Segunda Internacional. El mismo modelo aparece en el nacionalismo armenio y, sin duda, también en el nacionalismo territorial judío. No hay que atribuir la aparición de Israel a Herzl ni a Weizmann, sino al sionismo obrero de inspiración rusa. Si algunos de esos partidos fueron justamente criticados en el seno del socialismo internacional por situar el nacionalismo muy por delante de la liberación social, no puede decirse lo mismo de otros partidos socialistas, o incluso marxistas, que para su sorpresa se vieron representando a naciones concretas: el Partido Socialista Finlandés, los mencheviques en Georgia, el Bund judío en amplias zonas del este de Europa y, de hecho, incluso los bolcheviques en Letonia, que eran declaradamente antinacionalistas. A la inversa, también los movimientos nacionalistas comprendieron que era necesario, si no elaborar un programa social específico, cuando menos interesarse por las cuestiones económicas y sociales. No ha de sorprender que fuera en la industrializada Bohemia, desgarrada entre checos y alemanes, atraídos ambos por los movimientos obreros,* donde surgieron movimientos que se autodenominaban «socialistas nacionales». Los socialistas nacionales checos llegaron a ser el partido más representativo de la Checoslovaquia independiente y de sus filas procedió su último presidente (Beneš). Los nacionalsocialistas alemanes inspiraron a un joven austríaco que adoptó su nombre y su

* Los socialdemócratas obtuvieron el 38 por 100 de los votos checos en la primera elección democrática (1907) y se convirtieron en el partido mayoritario.

mezcla de ultranacionalismo antisemítico y de vaga demagogia social populista en la Alemania posterior a la primera guerra mundial: Adolf Hitler.

De todas formas, el nacionalismo se hizo popular fundamentalmente cuando se ingirió como un cóctel. Su atractivo no consistía en su propio sabor, sino en su combinación con otro u otros ingredientes, que, se esperaba, calmaría la sed material y espiritual de sus consumidores. Pero este nacionalismo, a pesar de ser bastante auténtico, no era tan militante ni tan sólido, y ciertamente no era tan reaccionario, como la derecha patrioter hubiera querido que fuera.

El imperio de los Habsburgo, que a no tardar se desintegraría como consecuencia de las diferentes presiones nacionales, ilustra, paradójicamente, las limitaciones del nacionalismo. En efecto, aunque en los primeros años del decenio de 1900 la mayor parte de la población era perfectamente consciente de pertenecer a una nacionalidad concreta, eran pocos los que comprendían que eso era incompatible con el apoyo a la monarquía de los Habsburgo. Ni siquiera tras el estallido de la guerra pasó a ser la independencia nacional un tema de primera importancia, y una hostilidad abierta frente al estado sólo se apreciaba en cuatro de las naciones de los Habsburgo, tres de las cuales podían identificarse con estados nacionales situados más allá de sus fronteras (italianos, serbios, rumanos y checos). La mayor parte de las nacionalidades no mostraban deseos visibles de salir de lo que los fanáticos de las clases medias y medias bajas llamaban «la presión de los pueblos». Y cuando, en el curso de la guerra, se intensificaron realmente el descontento y los sentimientos revolucionarios, se manifestaron fundamentalmente no en movimientos de independencia nacional, sino de revolución social.²⁰

En cuanto a los beligerantes occidentales, en el curso de la guerra el sentimiento antibelicista y el descontento social se impusieron cada vez más sobre el patriotismo de los ejércitos, aunque sin llegar a destruirlo. El extraordinario impacto internacional de las revoluciones rusas de 1917 sólo puede comprenderse si tenemos en cuenta que quienes en 1914 habían ido a la guerra de buen grado, incluso con entusiasmo, lo habían hecho llevados de la idea de patriotismo que no podía quedar limitado a consignas nacionalistas, pues incluía una idea de lo que les era debido a los ciudadanos. Esos ejércitos no habían ido a la guerra llevados del gusto de la lucha, de la violencia y del heroísmo, ni para llevar adelante el egoísmo nacional y el expansionismo del nacionalismo de la derecha. Y menos aún puede afirmarse que les impulsara la hostilidad hacia el liberalismo y la democracia.

Bien al contrario. La propaganda interna de todos los beligerantes pone de relieve, en 1914, que el punto en el que había que hacer hincapié no era la gloria y la conquista, sino el de que «nosotros» éramos las víctimas de una agresión o de una política de agresión, y que «ellos» representaban una amenaza mortal para los valores de la libertad y la civilización que «nosotros» encarnábamos. Más aún, era imposible movilizar a los hombres y mujeres para la guerra a menos que sintieran que la guerra era algo más que un simple combate armado; que en cierto sentido el mundo sería mejor porque

«nuestra» victoria y «nuestro» país sería —en palabras de Lloyd George— «una tierra adecuada para que en ella pudieran vivir los héroes». Los gobiernos británico y francés afirmaban, pues, defender la democracia y la libertad frente al poder monárquico, el militarismo y la barbarie («los hunos»), mientras que el gobierno alemán decía defender los valores del orden, la ley y la cultura frente a la autocracia y la barbarie rusa. Las perspectivas de conquista y de engrandecimiento imperialista podían proclamarse en las guerras coloniales, pero no en los grandes conflictos, aunque de hecho esos temas ocuparan entre bambalinas a los ministros de Asuntos Exteriores.

Las masas de soldados alemanes, franceses y británicos que acudieron a la guerra en 1914 lo hicieron no como guerreros o aventureros, sino en su calidad de ciudadanos y civiles. Pero ese mismo hecho demuestra la necesidad de patriotismo para los gobiernos que actúan en las sociedades democráticas, y también su fuerza. En efecto, sólo el sentimiento de que la causa del estado era también la suya propia pudo movilizar a las masas; y en 1914, los británicos, franceses y alemanes tenían ese sentimiento. De esta forma se movilizaron, hasta que tres años de masacres sin precedentes y el ejemplo de la revolución en Rusia sirvieron para que comprendieran que se habían equivocado.

7. QUIÉN ES QUIÉN O LAS INCERTIDUMBRES DE LA BURGUESÍA

En el sentido más amplio posible ... el yo del hombre es la suma total de lo que puede llamar suyo, no sólo su cuerpo y sus poderes físicos, sino sus ropas y su casa, su esposa y sus hijos, sus antepasados y amigos, su reputación y sus obras, sus tierras y caballos y sus yates y sus cuentas bancarias.

WILLIAM JAMES¹

Con entusiasmo extraordinario ... comienzan a comprar ... Se lanzan a ello como uno se lanza a una carrera; como clase hablan, sueñan y piensan en sus posesiones.

H. G. WELLS, 1909²

El College ha sido fundado por el consejo de la mujer del fundador ... para permitir la mejor educación de la mujer de las clases alta y media alta.

De la Foundation Deed of Holloway College, 1883

I

Centraremos ahora nuestra atención en aquellos para quienes la democratización parecía ser una amenaza. En el siglo de la burguesía triunfante, los miembros de las exitosas clases medias se sentían seguros de su civilización, confiados y sin dificultades económicas, aunque sólo muy al final de la centuria se sintieron *confortables* desde el punto de vista físico. Hasta entonces habían vivido bien, rodeados de una profusión de objetos sólidos decorados, revestidos con grandes cantidades de tejidos, capacitados para conseguir lo que consideraban adecuado para personas de su condición e inadecuado para los de posición inferior, y consumiendo comida y bebida en cantidades importantes, e incluso excesivas. La comida y la bebida, al menos en algunos